

3.2.- El cambio cultural como medio

Hoy en día se presentan los movimientos sociales como participantes de una revolución ética, cultural, no sólo como objetivo, sino que utilizan los medios culturales como vehículo revolucionario tanto en sus formas como en sus contenidos .



3.2.- El cambio cultural como instrumento

“Mi tesis fundamental (...) es que en la actualidad no existe posibilidad alguna de poner en marcha una práctica emancipatoria significativa si no es sobre la base de una previa tarea de transformación cultural.



3.2.- El cambio cultural como instrumento

“Tarea de transformación cultural que exige dos cosas: la primera, aprender a mirar de una forma nueva la realidad social, ser capaces de analizar la realidad social con claves nuevas, diferentes de las claves dominantes; la segunda, establecer, a partir de esas nuevas claves, un auténtico combate cultural, una confrontación de legitimaciones” (Zubero, Imanol: ***Movimientos sociales y alternativas de sociedad***, pp. 15-16).



3.2.- El cambio cultural como instrumento

“Esta crítica cultural liderada por los movimientos sociales tiene la virtualidad de cuestionar las legitimaciones que garantizan el consentimiento mayoritario sobre el que se basa el orden social.

Los movimientos sociales van introduciendo ‘porqués’ en nuestra tranquila existencia, negándose a aceptar meras respuestas de trámite supuestamente basadas en la tradición, la ciencia o la naturaleza...”

3.2.- El cambio cultural como instrumento

“De esta forma van realizando su labor de abrir nuevas oportunidades culturales para la crítica y la protesta.

En este sentido, su aportación fundamental es *pre-política*. No quisiera que esta perspectiva de análisis fuera necesariamente confrontada con otras perspectivas de análisis de los movimientos sociales en clave explícitamente política...”

3.2.- El cambio cultural como instrumento

“Lamentablemente, acaso como consecuencia de aproximarse al estudio de los movimientos sociales desde una posición puramente académica, existe una tendencia bastante generalizada a formular tesis excluyentes sobre los mismos: de este modo, insistir en la relevancia de lo cultural parece que necesariamente debe ir en detrimento de lo político, y viceversa” (Imanol Zubero, 1996, p. 4).

3.2.- El cambio cultural como instrumento

“El estudio de los movimientos sociales suele centrarse en el examen de la base de recursos de la cual puede emerger la conducta colectiva, más que en otorgar peso a las metas, las frustraciones, los deseos o los símbolos legitimantes de los grupos que plantean públicamente su cuestionamiento del orden social”
(Zubero, p. 2).

3.2.- El cambio cultural como instrumento

“La acción colectiva está envuelta en una *textura cultural*, una realidad que consiste en un específico discurso organizado que es previo a las motivaciones de los sujetos para actuar juntos y que incluso supera las motivaciones de los actores” (Zubero, p. 65).



3.2.- El cambio cultural como instrumento

Discurso nuevo, organización diferente y acciones alternativas definen en cierta manera la dimensión cultural de los movimientos sociales que transforman así el lenguaje, las formas de expresión, de vestir, de ser, de hacer, de decidir, al tiempo que pretenden cambiar el mundo, la sociedad.

3.2.- El cambio cultural como instrumento

Enlazan así los movimientos sociales con los diseños, actitudes y sueños de los utópicos clásicos, los renacentistas, los ilustrados, los decimonónicos (el siglo XX, con la excepción de los años sesenta, fue el siglo de las antiutopías). Conectan con la idea de que alcanzar una nueva sociedad no es posible sin construir una humanidad nueva.

3.2.- El cambio cultural como instrumento

Que no basta con derribar o transformar estructuras sino que hay que construir nuevas culturas y nuevas formas de vivir la vida y relacionarse con el entorno y con los demás. Para ello se precisa pensar, decir y hacer de una manera radicalmente opuesta a la vigente.

3.2.- El cambio cultural como instrumento

“... discurso y organización forman, pues, parte de una misma realidad. El primero brinda una manera alternativa de entender el mundo social, y la segunda favorece la difusión y el posible éxito de aquél” (Sabucedo y otros: **La acción política en el contexto supranacional y en el marco de la acción colectiva**, 1996, pp. 170-171).

3.2.- El cambio cultural como instrumento

El cambio cultural e ideológico no puede separarse de las prácticas sociales. El cambio cultural que no sea práctica social no es ni profundamente cultural ni real. Superar la separación entre las esferas pública y privada contribuiría indudablemente a conjugar lo cultural con lo sociopolítico.

3.2.- El cambio cultural como instrumento

Sería injusto obviar aquí que los movimientos sociales llamados tradicionales (sobre todo el obrero) tenían proyectos y actitudes emancipatorias de carácter cultural.

Si no ¿cómo entender que en plena guerra (in)civil en España los anarquistas se dedicasen al tiempo que combatir y repartir tierras a la educación racional como prácticas (todas ellas juntas) revolucionarias?

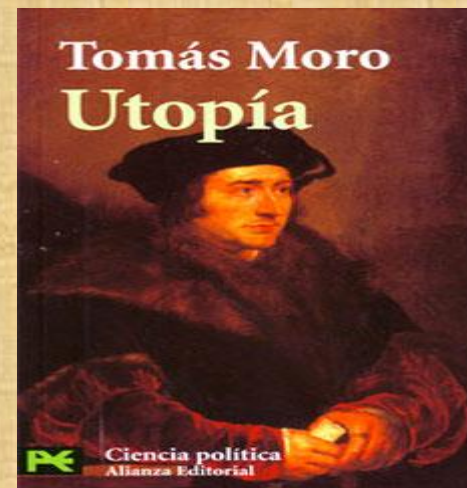
3.2.- El cambio cultural como instrumento

En el otro extremo y en el mismo contexto, pese al conglomerado ideológico del 'bando nacional', lo cierto es que también desde las prietas filas franquistas se pretendió instaurar valores patrióticos centrípetos al tiempo que promulgar ideales tradicionales, jerárquicos, inmutables, por medio de organizaciones (e instituciones) verticales, centralistas, uniformes.

3.3.- La construcción social de la utopía

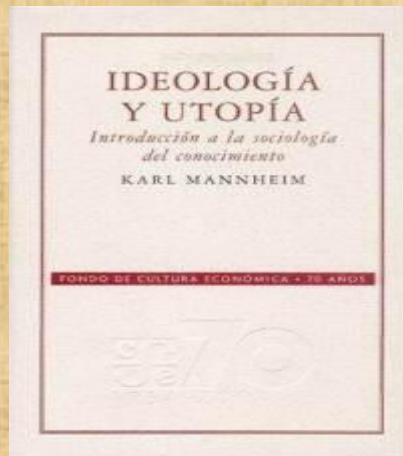
El pensamiento utópico, necesidad y deseo

La voz *utopía* significa etimológicamente *en ningún lugar*. Fue acuñado por Tomás Moro para nombrar la isla que el aventurero Rafael Hythlodeo describe como república ideal.



3.3.- La construcción social de la utopía

Para Mannheim, el pensamiento utópico moderno arrancó con los movimientos quiliásticos (anabaptistas), continuó con el humanismo liberal, al que le siguió el utopismo conservador y finalmente representan los movimientos socialistas y comunistas.



Tortura de una anabaptista. Grabado de Jan Luyken

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopismo, clímax y anticlímax es el recorrido histórico del pensamiento utópico. Comparto, en gran medida, este esquema involutivo.



3.3.- La construcción social de la utopía

El discurso utópico, bajo diversas formas (novela, ensayo, diálogo, teatro...) significa la manifestación de un estado de naturaleza individual y/o colectiva que busca trascender la realidad. En este sentido, dos son sus posibles consecuencias: 1) la conversión en mito, en falsa conciencia, en Ideología; y 2) ser el sustento de la crítica social y, por ende, la base (o programa) de la movilización.

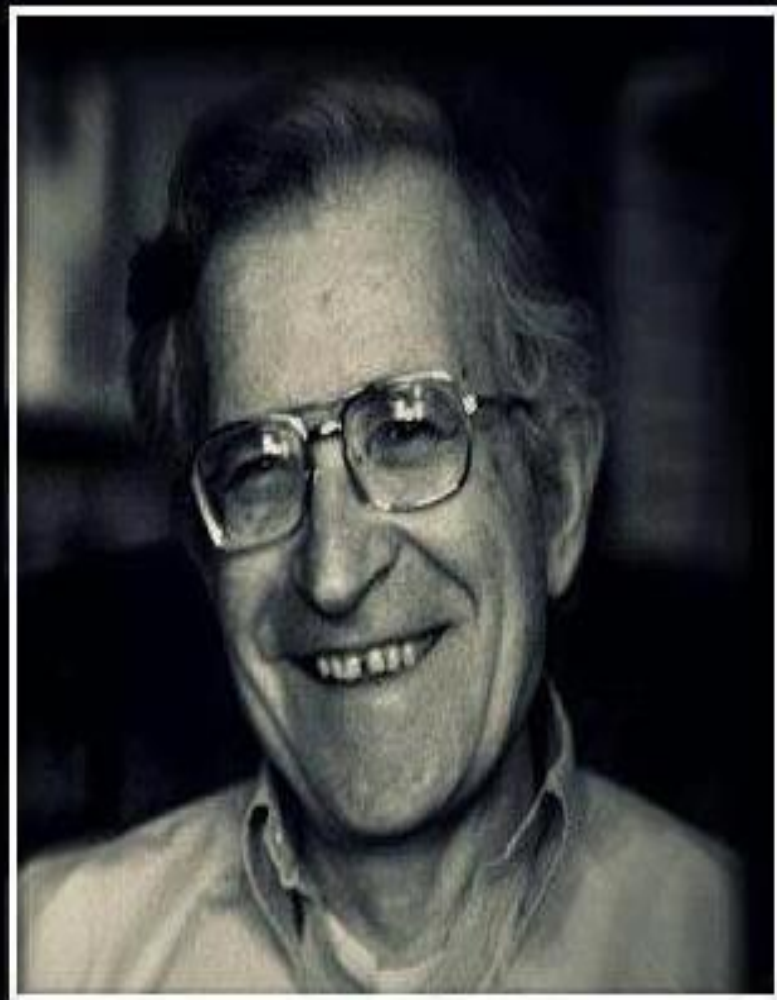
3.3.- La construcción social de la utopía

Las ideologías son las ideas que trascienden la situación pero que nunca consiguen realizar de hecho los contenidos que proyectan. Están más relacionadas con instituciones.



"La mejor manera de hacer que la gente permanezca pasiva y obediente es limitar lo políticamente correcto a un pequeño espectro ideológico, pero permitir muchos y variados debates dentro de ese espectro"

Noam Chomsky



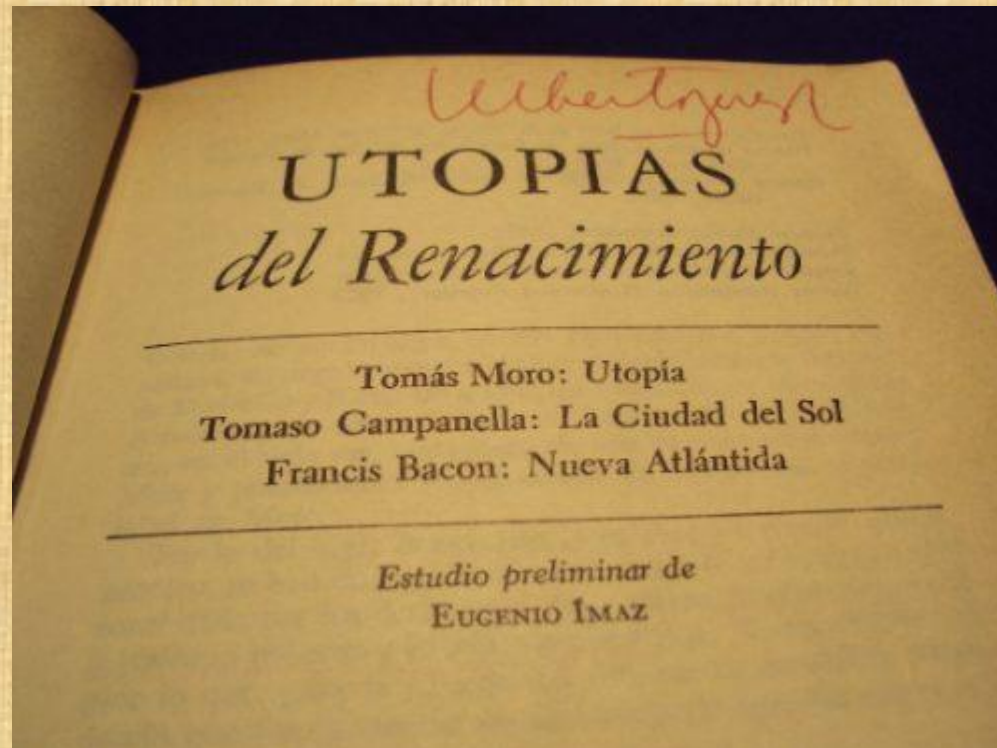
3.3.- La construcción social de la utopía

Las utopías también trascienden la realidad, pero, a través de una actividad de oposición al orden establecido, consiguen cambiar la realidad histórica. Se vinculan con movimientos sociales.



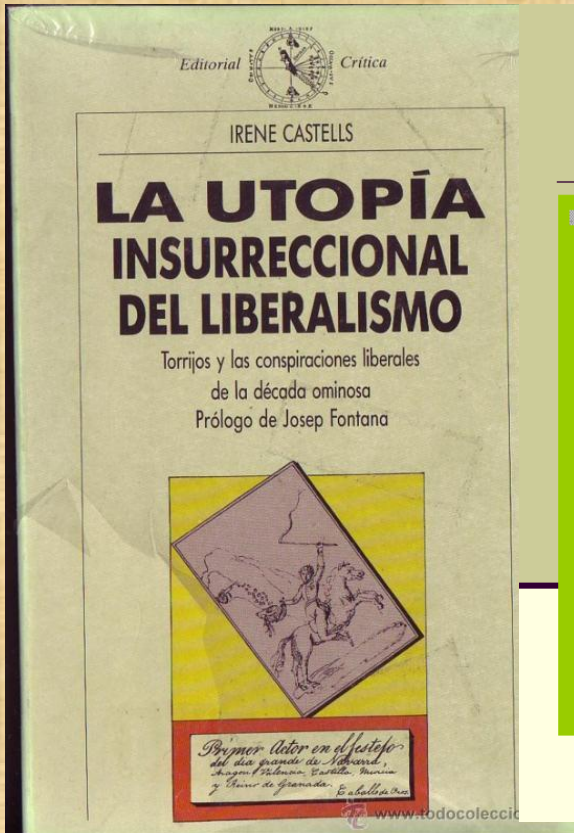
3.3.- La construcción social de la utopía

Las utopías renacentistas son de carácter humanista y modernizadoras, enfrentadas a lo establecido. Destaco, entre ellas, tres:



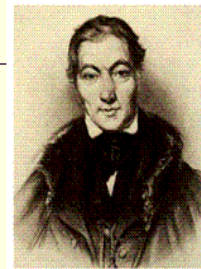
3.3.- La construcción social de la utopía

Las utopías decimonónicas (liberales, socialistas, feministas) son de naturaleza revolucionaria.

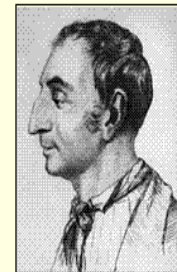


¿QUÉ TIENEN EN COMÚN LOS SOCIALISTAS UTÓPICOS?

- Son pensadores que reaccionan contra las contradicciones de la industrialización (desigualdades sociales, explotación, miseria, etc., en un contexto de desarrollo económico) y formulan soluciones ideales a esos problemas o, incluso, ensayan experiencias de "nuevos modelos de sociedad y de producción", alternativos al sistema capitalista.



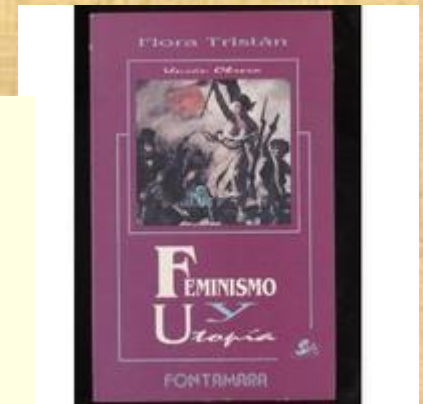
Robert Owen



Saint Simon

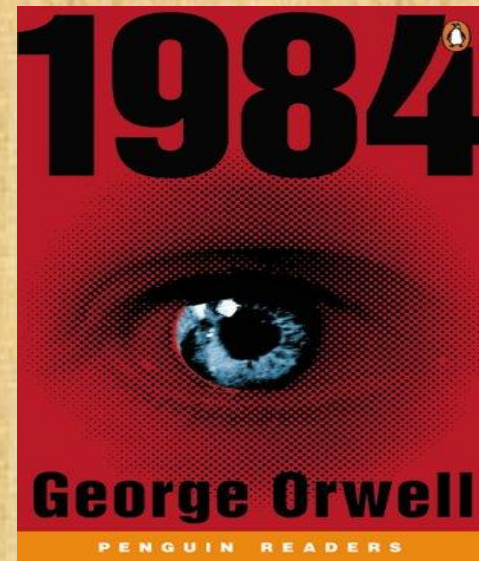


C. Fourier



3.3.- La construcción social de la utopía

Las antiutopías del siglo XX critican el devenir de la humanidad, con una visión pesimista (aunque de denuncia) tanto de la realidad como de proyectos sociales fracasados (científicos, políticos, culturales).

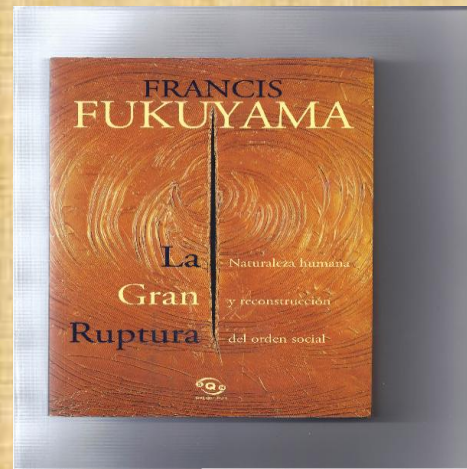


3.3.- La construcción social de la utopía

En cierto modo, cuando Francis Fukuyama declaró el 'fin de la historia' estaba declarando el fin de las utopías, actitud ideológica, ya que pretende ocultar la realidad, y es que ni la historia ha terminado, ni los conflictos han sido superados, ni la capacidad humana de inventar y crear un mundo mejor (y peor) ha desaparecido.

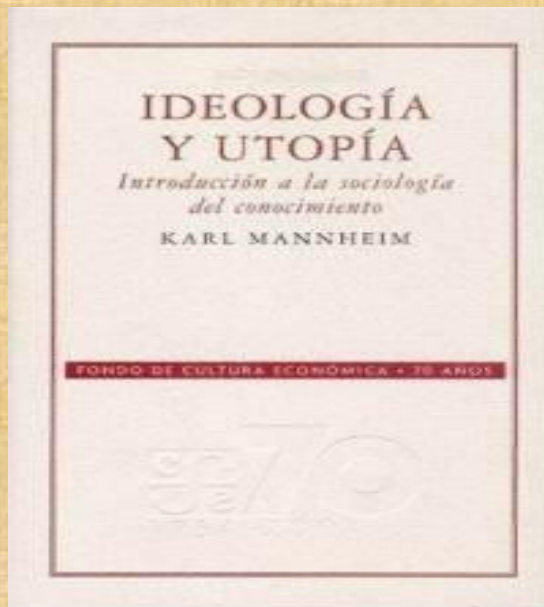
3.3.- La construcción social de la utopía

Sólo para ciertas capas económicas, sociales y políticas que detentan el poder económico, militar y mediático, la historia debe darse por concluida, y los sueños han de continuar siendo meros fantasías, nunca convertirse en ideales colectivos utópicos o transformadores.



3.3.- La construcción social de la utopía

“Con el abandono de las utopías el ser humano perdería su facultad para configurar la historia y, con ello, su capacidad para comprenderla y transformarla” (Mannheim, p. 347).



3.3.- La construcción social de la utopía

Características del pensamiento utópico:

- 1) Se trata de un discurso coherente, sistémico, argumentado;
- 2) basado en una crítica a lo existente;
- 3) que busca la superación y/o mejora del sistema vigente;
- 4) en nombre de unos principios abstractos que se concretan en una serie de criterios y valores alternativos;
- 5) que suponen la inevitable transformación de la sociedad en un proceso de acción colectiva.

3.3.- La construcción social de la utopía

Funciones sociales de las utopías:

- 1) Crítica: constituye una serie de argumentos contrarios al orden establecido.
- 2) Vindicativa: supone la constatación de la posibilidad de una humanidad y un mundo diferentes.
- 3) Activa: es una legítima llamada a la experimentación y la experiencia sociales.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

En 2015 acabará la pobreza en el mundo, según Naciones Unidas. Faltan tres años. Los datos no corroboran los fines y los procesos del Objetivo para el Milenio. ¿Fracaso? ¿Frustración? ¿Indignación? ¿Desesperanza? La distancia entre pensamiento utópico y los programas institucionales es siempre grande y creciente. Nada más.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

Promesas, realidades, engaños,
esperanzas, desesperación...

Entre utopías y desencantos se mueve el mundo. Moisés no alcanzó la Tierra Prometida, pero no dejó de caminar. Para eso sirve la utopía, nos dice Galeano. Pero caminar desencantado no es un modo atractivo de andar. Un movimiento social camina hacia la esperanza con esperanza. Es su fin y su medio. Y su modo.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

Utopía significa no rendirse a las cosas tal como son y luchar por las cosas tal cual debieran ser. Es **urgente** (se necesita cambiar YA) para vivir, luchar, mejorar. Es **emergente** (nace para crecer y para plasmarse) por vivir, mejorar, luchar. Es para y por **la gente** (personas, ciudadanía) que precisa urgentemente luchar, mejorar, vivir. La utopía nunca se rinde, sólo, en ocasiones, descansa.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

La utopía no va sola. Siempre le acompaña el desencanto. Bien por su éxito, bien por su fracaso, provoca desencanto o desilusión.

Si la utopía (y su movimiento) tiene éxito nos desencanta porque no aparece tal cual la imaginamos o deseamos. O porque en su devenir (o por venir) hubo desviaciones, engaños, traiciones.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

La institucionalización de los principios de libertad, igualdad y fraternidad suponen una conquista, pero al tiempo su plasmación o cristalización delimita sus posibilidades.

La legitimación institucional de una idea, de un movimiento, deviene aceptación social, pero también supone acatamiento de unas normas, de unas formas.

Son ejemplos de desencanto por el éxito.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

Pero el desencanto puede venir por el fracaso, por la no consecución de los objetivos, por no lograr plasmar al menos alguna reivindicación.

Adversidades objetivas (históricas, culturales, políticas) e impedimentos subjetivos (engaños, traiciones, personalismo, desconfianza, falta de medios, de estrategias, de programas) explican la frustración.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

Sin embargo, utopía y desencanto, lejos de contraponerse, se sostienen y corrigen recíprocamente. El desencanto señala la necesidad de una utopía, al tiempo que indica que no llegó aún el momento de su plasmación. El desencanto es una forma irónica, melancólica y aguerrida de esperanza. *Hay que seguir esperando* es la mayor y mejor conclusión del desencanto.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

A principios del siglo XIX, Ferdinand Raimund escribió *La corona mágica que trae desdichas*, una comedia en la que su protagonista, Ewald, recibe de un hada, Lucina, una antorcha prodigiosa que tiene el poder de transfigurar la realidad.



3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

Quien ve el mundo a través de la luz de esa antorcha observa esplendor y poesía por doquier, incluso en lugares donde sólo hay miseria y sordidez. Ewald es consciente de que las cosas no son así, que se trata de una ilusión. Pero así se siente feliz, dichoso. Quien rechaza la antorcha es víctima de la realidad y vive sin la ilusión de poder transformar las cosas. Está ciego.

3.3.- La construcción social de la utopía

Utopía y desencanto

Este cuento se muestra como expresión de resistencia del arte respecto al avance de la ciencia. También constituye un claro ejemplo de alienación. De hecho, cuando su autor decidió dispararse un tiro con una pistola ponía de manifiesto el desencanto. Para algunos, el desencanto ante una realidad superior a la utopía. Para otros, la inutilidad (u olvido) del artilugio (la antorcha) por él mismo inventado.